

Rizos mestizos

Llevamos siete días de agosto, el mes del viento. Han pasado varias noches desde que volví a la casa de mi madre.

Abro los ojos a los sonidos de la aurora, en el pueblo, y me levanto de la cama para pararme junto a la ventana del dormitorio. Una mujer barre el suelo con una mano; apoya su otro brazo sobre la espalda y curva la cintura mientras se mueve en línea recta de un extremo al otro del patio. Sacudo la cabeza ante la inutilidad de sus movimientos.

Incluso mientras lo hace, la brisa arranca las hojas amarillas del árbol *mosalaosi* y las esparce por el suelo. Dan volteretas a través del patio recién barrido. Una bolsa blanca de plástico da saltitos y queda atrapada en la esquina de la casa, donde comienza la veranda.

Es como si Dios sostuviera un tamiz gigante sobre el pueblo, lo girara y girara, esparciendo polvo por todas partes. Este se filtra a través de las mosquiteras, alfombra los suelos de la casa, cubre nuestros zapatos y se adhiere al cabello como la tiza a las manos del profesor.

Voy a la galería y me acomodo en la silla favorita de mi madre.

Cuando era joven, yo debía barrer el suelo todos los días. Una vez por semana lo limpiaba, y luego me arrodillaba para hacerlo brillar con una cera roja como la

sangre de buey y un cepillo. Mi madre inspeccionaba el trabajo mientras fregaba. Con las manos en las caderas y un largo suspiro señalaba las irregularidades.

«Mira ese lugar, Sethunya, allí, detrás de tu pie. ¿En qué clase de mujer te convertirás si ni siquiera sabes mantener limpio un suelo?», solía preguntar.

Siempre llevaba uno de sus vestidos *leteisi* hechos a mano y que le llegaba hasta los tobillos. Mi favorito tenía un cuello con encaje blanco y grandes bolsillos a cada lado de la cadera. En uno de ellos guardaba las llaves de la despensa, que tintinaban como un cencerro cuando caminaba. En el otro guardaba un paño para pulir cualquier mueble que creyera que necesitaba sacarle brillo.

La última vez que la visité, la encontré sentada en el porche, sorbiendo té de arbusto de una taza que mi hija le regaló, que reza: «La Mejor Abuela». Entonces me di cuenta de que había envejecido. La vi levantarse de la silla. Se detuvo a mitad del camino como para cobrar ánimo. El pliegue del entrecejo se hizo más profundo. Luego se incorporó, hasta que se puso de pie y agitó el bastón que yo le había ofrecido.

No quiso el audífono que el doctor le recomendó que usara.

—Esa cosa hace que mis oídos hagan «ting, ting, ting», como gotas de lluvia en un tanque de agua.

A veces me cuestiono su teoría. Creo que ella simplemente eligió lo que quería oír.

Mi madre me crio con un cóctel de ancestros, tradición y Dios. No era partidaria de las ideas de esta nueva generación de batsuanas que crían a los niños

sembrándolos en tierra extranjera. Un mes antes de que naciera mi hija, y a pesar de todas mis objeciones, se presentó en mi casa de Gaborone para asegurarse de que seguía las reglas de crianza y cuidado del recién nacido. El médico había dicho que el bebé venía de nalgas. Mi madre me trajo una mujer que me masajeaba el abdomen todos los días y orientaba la cabeza del bebé en el sentido correcto.

Una vez que nació April, me mantuvo fuera de la cocina durante tres meses y se ocupó de la preparación de todas mis comidas.

—Debes comer. Es la única manera de que produzcas suficiente leche para el bebé.

Se quedó de centinela en la puerta de mi dormitorio para prohibir las visitas.

—Nunca se sabe qué males alberga la gente. La verán después de que sea presentada oficialmente al mundo. Hagamos las cosas bien, mi niña —dijo.

Un día, años más tarde, siendo April una adolescente, se enfermó tanto que temí que muriera; mi madre la cuidó hasta que recuperó la salud y maldijo los alimentos extranjeros que le daba, en particular el arroz.

Ella sobresalía por encima de la mayoría de las mujeres, era tan alta como muchos hombres de la pequeña aldea. Siempre se cubría la cabeza, pero anoche, cuando fui a la morgue a preparar su cuerpo para el entierro, ya no tenía el *doek* sobre la cabeza. Tracé las líneas de su cara y le acaricié la cabellera.

Su pelo era negro, con mechones grises, y dividido en cuatro partes. Cada una estaba trenzada y oculta por

dentro. Pasé mis dedos sobre su cabello, lo sentí suave. No sé por qué había imaginado que sería duro y frágil, de la misma manera que sus manos se negaban a flexionarse cuando las sostenía entre las mías. Saqué la bufanda que había recuperado del baúl donde ella guardaba todos sus tesoros. La había encontrado oculta entre las hojas de papel tisú donde venía envuelta. Era de seda y del color del arcoíris, la bufanda que una April de veinticuatro años le había comprado a su abuela con su primer salario.

La doblé en un triángulo, envolví su cabeza con ella y la até en forma de nudo en la base de su cuello. Mi madre había dicho que solo la llevaría en ocasiones especiales.

Ahora cierro los ojos y puedo verla ulular y agitar el pañuelo en su cabeza, de un lado a otro, mientras baila y canta alabanzas a su nieta. Cuando los abro, la mujer sigue barriendo el frente del patio. Veo mis huellas en la polvorienta veranda. Me levanto de la silla. La casa de mi madre está aguardando a ser limpiada.



Es la mañana siguiente al funeral. Sentada en la cama, estudio la cara de mi hija mientras duerme. Lo hace igual que yo, curva su cuerpo y acerca sus rodillas al pecho. Estira las piernas y los ojos se le abren para mirarme, pero luego los vuelve a cerrar.

Espero que sueñe en color. Rosa, como las hortensias que crecen tan grandes como mis puños en las macetas de la terraza. O tal vez sus sueños sean naranjas como la Bignonia de invierno —o la Liana de Fuego—, que se retuerce en un sentido y, luego en el otro, mientras trepa por la valla de madera.

Se vuelve hacia mí y extendiendo la mano para echar hacia atrás un mechón de pelo que cubre su ceja. Su cabello solía ser negro, de rizos ceñidos, pero ahora las trenzas son del color de la mora de frasco, con las puntas planas y apagadas, sin ondulación alguna. El mes pasado era de color arena.

Vuelve a girar. Creo que dice «abuela». La miro, pero sus párpados están muy presionados.

Mi hija sueña en inglés, mi tercer idioma. Lo aprendió en las escuelas privadas a las que la envié, y la obligué a hablarlo todo el tiempo, como lo hacían allí.

«Los niños solo deben hablar *ese* idioma durante las clases de Setsuana», advirtió la maestra.

Quería que mi hija tuviera una vida diferente, mejor que la mía. La envié allí para que un día viajara a lugares lejanos que solo había visto en los libros. Me complace que viva como la gente rica de mi país. Cuando habla, inclina la cabeza hacia atrás y se acomoda el pelo detrás de la oreja.

Pero me entristece que haya olvidado quién es, que rechace nuestras tradiciones. Pensé que aprendería las costumbres occidentales, pero manteniendo las suyas, siempre a su lado, juntas, como el cuchillo y el tenedor con los que siempre comía.

Durante el funeral, se le trabaron las palabras en setsuana mientras intentaba leer los mensajes de condolencia. Su “*robala ka kagiso*” nasal —descansa en paz— debió haber hecho que mi madre se retorciera en su tumba, seguro.

Me ardieron las mejillas y la sangre me brotó en la cara mientras la multitud refunfuñaba su desaprobación. Casi podía oírlos preguntarse qué tontería era esa. ¿Una niña motsuana que no puede hablar setsuana? ¿Qué locura es esa? Sentí el calor de la vergüenza en la punta de los dedos mientras me cubría los ojos con el velo. Mi hija ha puesto en una caja y enterrado su lengua materna tan a fondo que, cuando vuelven las palabras en setsuana, tienen una tonalidad inglesa. Nunca quise que fuera así.

Cuando era pequeña, tenía el pelo corto y negro con pequeños rizos apretados. Tan pronto me los estiraba con un peine, retornaban a su forma, como pequeños resortes. Mi deseo era una melena rubia y ondulada que se meciera al ritmo de mis movimientos. Anhelaba un cabello similar al de las chicas que vivían en las grandes casas que mi madre limpiaba.

Nunca tuve la oportunidad de tener el pelo largo. El último sábado de cada mes, mi madre me llevaba a un hombre que tenía una barbería y zapatería al aire libre en la estación de tren de Gaborone.

Íbamos hasta la parada del autobús para tomar el que nos llevaba allí. Mi madre caminaba rápido y yo tenía que correr un poco para mantener el ritmo. Al llegar al barbero, mamá le daba una botella de alcohol desnaturalizado púrpura y lo dejaba con una advertencia: «Asegúrate de

poner las tijeras en remojo antes de tocar el pelo de mi hija. No quiero que pille tiña por tener las cuchillas sucias».

Y se quedaba mirando mientras yo me subía a la silla negra cuya funda de asiento desgastada colgaba a los lados como cáscaras de plátano. Tenía cuidado de no moverme, no fuera que el borde del asiento me cortara los muslos. Luego, sin parpadear, veía el *doek* de mamá cabeceando por el sendero hacia el supermercado detrás de los grandes autobuses que repostaban en el aparcamiento.

El hombre me segaba el pelo con unas tijeras que crujían al utilizarlas como si fueran unas podadoras. Me apretaba la cabeza contra su estómago del tamaño de un balón de fútbol y la inclinaba hacia la izquierda, a la derecha, abajo y arriba con unas manos nervudas que se parecían a las orugas mopane¹, las que masticaba y escupía mientras cortaba el pelo.

Veía los mechones de mi cabello caer en el centro de los periódicos que cubrían el suelo, alrededor de la silla donde me sentaba. Al terminar, me ofrecía una naranja que era tan grande que tenía que sujetarla con ambas manos. Bajo el árbol de marula, la hacía rodar con mi pie y le extraía el jugo hasta que mamá regresaba. Cuando nos íbamos, el barbero rebuscaba en su delantal y sacaba una piruleta —siempre roja—, con chicle rosa adentro. La presionaba

¹ También llamadas orugas mopani; el término se debe a que esta especie habita en el árbol mopane, típico de las regiones áridas del África austral. Estas grandes orugas comestibles son una importante fuente de proteína para millones de personas. [N. del T.]

en mi mano y me advertía que la comiera solo después de haber cenado.

A veces le rogaba a mi madre: «Por favor, por favor, mamá, ¿podría tenerlo alisado?».

Pero su respuesta siempre era la misma: «Agradece lo que Dios te ha dado, mi niña. Si Dios hubiera querido que tu cabello fuera liso, lo habría hecho así. No puedes cambiar lo que eres. ¿Cómo vas a mantener el equilibrio de un cubo de agua en tu cabeza?».

Cuando llegábamos a casa, mamá me lavaba el pelo con un jabón rojo, que olía como las manos del barbero, y me ponía vaselina en el cuero cabelludo dejándolo brillante como un espejo. En invierno me ponía dos capas, para proteger mi cabeza del frío. Cálidas lágrimas caían por mi rostro cuando miraba mi reflejo y trazaba los bultos que me surcaban la cabeza. Intentaba no llorar, pero ya podía oír la canción que los chicos cantarían en la escuela:

Chiskop, tamati,
Lerago la mmisis
Chiskop, tamati,
Lerago la mmisis

«Calva como un tomate, suave como el culo de una señora».

Dejando la casa para ir al internado, abrí las puertas de la vida sin las restricciones de mamá y las visitas al barbero. Cada viernes mis amigas y yo nos sentábamos en la roca de trenzado para peinarnos cada una a su turno. En el segundo curso de la secundaria la moda era el *strop*. Se

trataba de una cuerda con pelo y lana negra que enrollábamos en círculos, alrededor de la cabeza. En 3º, nuestra profesora americana, que llevaba caftanes de colores y pendientes de cuentas, nos enseñó a trenzarlo en pequeñas líneas que hacían que nuestras cabezas parecieran hileras de maíz de una mazorca. En 4º, ahorramos para ponernos extensiones, compradas en la fábrica ghanesa que proveía a las peluquerías que brotaban como hongos por todo el país. Al año siguiente, en 1º de bachillerato, conservé mi cabello al natural, lo lavaba con jabón verde y no aclaraba la espuma. «Estiramiento en frío», lo llamábamos. Los sábados me peinaba al estilo afro gigante. En mi último año de instituto, nos hacíamos el *Jheri Curl* dándole forma a los rizos y dejamos las almohadas tan grasosas como el mono del hombre que nos daba clases de mecánica.



Estoy intentando recordar todos los otros peinados cuando alguien llama a la puerta y grita, «Mma Lorato». Es justo cuando la puerta se abre y mi tía asoma la cabeza, que me doy cuenta de que me llama «madre de Lorato», Lorato es el nombre que mi madre le dio a mi hija.

—Mma Lorato, necesitamos azúcar, del almacén —
susurra.

—Ya voy —respondo, y me doy una palmadita en la cadera. Me levanto para salir del dormitorio y April abre los ojos.

—Esas llaves, mamá, que tintinean de esa forma... por un minuto pensé que eras la abuela.

—Despiértate, April. Ya es hora de que te levantes. Recuerda que no estamos en Gaborone. Y cúbrete la cabeza cuando salgas de la habitación.

Mientras me pongo de pie, me pregunto si ha estado despierta todo el tiempo. Tiene ese lado de perezosa, ese aire de privilegiada, pero es obra de mi creación.

Solía venir a casa llorando cuando era una niña. Decía que quería ser como Rapunzel, luego Barbie, y yo no pude ofrecerle nada en su lugar.

Desde que llegamos a la casa de mi madre, he merodeado alrededor de mi hija como una gallina que espera que sus huevos eclosionen. Le recordé que extendiera ambas manos y dijera claramente «*Dumelang bo mma le bo rra*»², en lugar de la mala palabra «melang» que ella pronunciaba como si fuera un saludo; había examinado sus esfuerzos en la cocina, mientras disolvía los grumos de sus gachas recién cocinadas y limpié de nuevo el suelo que ella decía haber fregado. Todo el tiempo me preguntaba en qué clase de mujer se estaba convirtiendo mi hija. Mi preocupación se hizo más profunda a medida que se acercaba la noche.

² Forma de saludo empleado para dirigirse a más de una mujer u hombre.



Ha llegado la hora de que nos corten el pelo como exige la tradición. Mi tía empieza conmigo con un par de tijeras que me afeitan la cabeza en hileras y crujen al cortar las trenzas. La picazón comienza detrás de mis ojos, pero los mantengo cerrados y presiono sobre ellos con los dedos. Me siento como una niña pequeña otra vez. Estoy enfadada con mi madre mientras me siento en una silla con el tapizado reventado. Parpadeo y parpadeo para que no se me escapen las lágrimas, pero aun así se me escurren por los párpados. En cambio, intento unir los recuerdos felices de mi infancia.

He estado ausente tanto tiempo de la casa de mi madre. He olvidado que es un lugar donde la vida se medía por la inclinación de las sombras creadas por el sol; donde a la mañana un gallo invocaba el día que sustituía la noche. El hogar era un lugar donde mamá decía cada mañana «Despierta, despierta. El sol no debe sorprender a una chica en la cama», hasta que un día me desperté antes que ella y me abrazó diciéndome: «Esa es mi chica».

He olvidado que después de ir a buscar agua y limpiar la cocina, tenía en la mesa rebanadas de pan recién horneado y mermelada de marula casera de mamá. Las engullía junto a una taza de té de arbusto, hecho en el hornillo Primus.

Era fantástico cuando las escuelas cerraban. Todos los niños del barrio se reunían en nuestro patio para jugar

descalzos al sol. Saltábamos la cuerda hecha con una enredadera que se enrollaba en la valla. Otras veces el juego era el *diketo*,³ con guijarros, o el *dibeke*,⁴ con una pelota hecha con medias viejas de mamá. Al anochecer, nos apiñábamos alrededor de una hoguera con mamá relatándonos nuestras propias fábulas, las del pueblo, aquellas que comenzaban, «*Gatwe erile*», nuestro «Érase una vez, hace mucho tiempo...».

Rechacé esa vida al envejecer. Crecí deseando otra vida, y siempre otra madre. Me pregunto ahora si una persona puede aferrarse a la tristeza con tanta fuerza que destiñe hasta los colores más brillantes.

Cuando abro los ojos, me sorprende ver a April sentada a mi lado.

—No —digo—, no se va a cortar el pelo.

April me mira y sacude la cabeza. Luego otra mujer se levanta con un par de tijeras. Primero le corta el pelo postizo a April. Luego saca una cuchilla de afeitar y empieza por la parte superior de su frente. Con pequeños golpes de muñeca le afeita el pelo castaño. Veo como cae en pequeños mechones sobre la toalla que le ponen en los hombros. Algunos de ellos se escurren hasta el suelo.

³ También conocido como *magave*, *upuca*, o *puca*, es uno de los diez juegos reconocidos de Sudáfrica y Lesoto. Es similar a “las chinas” o “cantillos” en España o “las payanas” en Argentina. [N. del T.]

⁴ Es un juego de pelota entre dos equipos de seis personas. A menudo estos equipos son conformados por seis chicos y seis chicas, donde cada equipo atacante trata de patear el balón lejos de los defensores. Este deporte combina elementos del fútbol y del balonmano. [N. del T.]



Han pasado dos semanas desde que dimos entierro a mi madre. Todas las mañanas me coloco frente al espejo y redescubro mi cara. Estamos juntas, mi hija y yo, con las cabezas afeitadas y lisas. Pronto será el momento de volver a la ciudad donde compartimos con los vecinos no más que una carretera asfaltada.

—Tal vez puedas comprarte una peluca cuando llegues a casa —digo. Me mira, sus ojos son tan parecidos a los míos, tan parecidos a los de mi madre. Y me sonrío.

—No, mamá, creo que podría acostumbrarme a esto.

Veo brotar nuevos cabellos, como pequeños brotes de hierba después de las lluvias estivales. Paso la palma de la mano por mi cabeza y también sonrío.

Me gusta sentir el roce de la brisa de agosto sobre ella.